

QUILINTAY
EL ENCUENTRO

Benito González García

QUILINTAY
EL ENCUENTRO

ÁLTERA
EDICIONES

Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Benito González García

ISBN: 979-13-992977-2-0

ISBN digital: 979-13-992977-3-7

Depósito legal: M-25486-2026

Ediciones Áltera

C/Luis Vives 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España

A ti, lector, amigo.
A ti, lectora, amiga.

NOTA DEL AUTOR:

Esta novela nació del deseo de explorar un tiempo en el que la tierra americana aún ardía bajo el peso de los sueños y los miedos europeos. El siglo XVII en Sudamérica fue un territorio de luces y sombras: entre la fe y la superstición, el oro y la pobreza, la palabra escrita y el silencio impuesto por la espada.

He querido reconstruir ese mundo no como un registro histórico, sino como un latido enfrentado a las múltiples religiones que coexistieron en aquella época entre los cristianos y las distintas tribus.

Las conspiraciones, los secretos y lealtades quebradas que recorren estas páginas son solo invenciones de la imaginación de este autor, que pretende ofreceros la belleza de intentar llenar los vacíos del pasado.

Cada personaje, real o ficticio, encarna una lucha por la supervivencia, esa verdad esquivada que, en el siglo XVII, podía condenar o liberar.

No es una novela sobre el pasado, sino lo que el pasado pudo ofrecer y jamás fue contado.

Para cerrar, deciros que para facilitar la lectura he nombrado a algunos animales como los conocemos aquí, obviando, con vuestro permiso, la verdadera definición en aquellos lugares. Ejemplo: «lobo» es denominado «aguará guazú» (parecido a un zorro grande). Utilizo «pantera negra» cuando se llama en verdad «yaguarete's negro» (mezcla entre pantera e hiena).

Gracias por leerme.

BENITO GONZÁLEZ GARCÍA



VIRREINATO DE PERÚ



PERSONAJES DE LA NOVELA	
Familia de FIDENCIO - Padre: Fidencio - Madre: Penélope - Hija: Sira - Maestro de la Clerecía: Juan Gómez de la Mora - Recién nacida: Amalia PALACIO DE MADRID - Conde-duque de Olivares (Gaspar de Guzmán) - Diego Velázquez FUERTE EL SALVADOR - Capitán: Ernesto de Fragua - Ayudante: Luciano de Nimes CONVENTO RÍO NEGRO - Prior: Lotario - Pescador: Demes - Ayudante: Ezequiel - Monje: Roldán - Monje: Nazario TRIBU GUENOA - Chamana: Solstay - Traductora: Mia - Amiga: Nisay - Amiga: Mangil - Tribu charrúa: Sánná NAVE DE LA LUZ - La pequeña: Nay - Padrastro de Nay: Gnok - Redentor: Nay-Ak - Elegidos: Imhotep	BUENOS AYRES - Gobernador: Pedro Esteban Dávila - Ayudante y contable provisional de don Pedro: Honorio - Obispo: Marcial de la Sangre - Ama de llaves del obispo: Casilda - Ama de llaves del gobernador: Amaranta - Vendedora: Riana MONTEVIDEO - Madre: Lara - Hija mayor: Nidia - Hija pequeña: Quilintay - Hombre de Lara: Iris - Capitán del galeón: Padua - Amiga de Lara: Magsiaya - Tres hijas de Magsiaya: Lanti, Suaya, Zahiana - Pescador: Nohan MONJES DE ÁFRICA - Monje: Isidoro de Congosta - Monje: Tristán de Campos - Niño africano: KotaKelé PORTUGUESES - Hermano: don Celso Cosme - Hermana: Feiteicera da Lua OTROS - Anciano: Beltrán - Pantera genérico: Gnaie - Pantera de Quilintay: Niani

CAPÍTULO 125

Buenos Ayres quedaba ya lejos, incluso la tierra firme había desaparecido. Todo lo que se extendía ante ellos era agua. El viento soplaba a favor y el galeón avanzaba deprisa.

—Hemos emprendido rápido la navegación. Si se mantuviese este aire, podríamos acortar varios días el trayecto —le comentaba Iris a Nohan, que manejaba el timón—, que será el tiempo que perderemos en espera en la isla de Santa Elena. ¿Por qué les atraerá esa roca a esta pareja que nos acompaña? —se preguntó en voz alta.

—Sobre esa roca quería yo hablarle —comentó Nohan.

—¿Sobre Santa Elena, no me dirás que te da miedo?

—No, pero a bordo viene una persona que también debe bajar y quedarse en ella.

—¿Te quieres quedar tú también? —preguntó el capitán extraño—. ¿Pero qué ocurre en ella que tanto os atrae? —elevó el tono de voz por la posible pérdida de uno de sus hombres.

—No seré yo el que desembarque para quedarme —respondió, mirando fijamente a Iris—. Imagino que no ha conseguido ir a Montevideo a ver a su familia porque, de haberlo hecho, ya lo sabría.

—¿Mi familia? —se acercó a Nohan muy preocupado—. Estuve un amanecer, algo fugaz, ante la necesidad de mi presencia en Buenos Ayres. Fue un rato que solo me dio para disfrutar de mi mujer.

—Quilintay ha sido ya formada por nuestra madre Solstay y, ahora mismo, viene con nosotros a la isla para encontrarse con los seres de la luz.

Iris dio un paso hacia atrás, incrédulo.

—¿Quilintay, mi hijastra? —preguntó sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Ella misma.

—¿Por qué?

—Ella es la nieta del chamán Ignosay y será nuestra gran madre en cuanto regrese de estar con ellos.

—¿Dónde está?

A un gesto de Nohan, uno de los marineros en cubierta subió hasta ellos para hacerse cargo del timón. Ambos bajaron de popa y se adentraron en la zona de almacenaje. Allí, acercándose a las velas de sustitución, se encontraron tapada a la niña.

—Puedes salir —le dijo Nohan.

La pequeña se movió para echar hacia un lado las telas cuando vio a Iris. Rápidamente, se levantó y se abrazó a su padrastro.

—¡Qué alegría! —exclamó ella.

El capitán quedó aturdido.

—Su misión es importante para nuestros pueblos —comentó Nohan—. Nuestra tribu fue aniquilada. Ella es la llave para unificarnos a todos, a todos los que sobreviven a la maldad de los cristianos.

Iris acarició la cabeza de la niña, intentando comprender todo lo que estaba ocurriendo. Mirándolos desde un lateral estaban Asier y Feiteicera.

—¡Ella es la elegida! —comentó Asier, inclinándose de rodillas en señal de devoción—. ¡Está llamada a ser el candil de todos los pueblos!

—¡Es solo una niña! —comentó Iris, un tanto irritado por lo que estaba presenciando—. Una niña que llegará a ser mujer para dar hijos al hombre que la tome.

—Ellos —intervino Quilintay—, no diferencian entre hombres y mujeres. La actual gran madre es Solstay, a ella la formaron sin importar su cuerpo.

—¿Lo sabe tu madre?

—Lo sabe desde que nací —respondió—, ella lo sabe todo.

Iris se tiró de los cabellos; después se frotó la cara como intentando despertar de una pesadilla en la cual no terminaba de creer.

—Veo que este viaje está lleno de sorpresas.

Miró a los presentes, consciente de que debía pensar qué hacer con ella. El volver a Buenos Ayres supondría un retraso importante y, lo que es peor, alguna represalia por parte del gobernador.

—Nosotros también le tenemos otra —intervino Feiteicera al ver que Asier no se decidía a hablarle con franqueza.

—¿No me digáis que Nidia y Lara están aquí? —preguntó mirándolos seriamente.

—¿Recuerda a la mujer de Fidencio?

—¿La que dio muerte a uno de los soldados, esa estúpida hembra? —dijo abriendo los ojos llenos de asombro—. ¿No insinuaréis que...?

Asier miró a Feiteicera para impedir que dijera la verdad, viendo el desprecio con el que había hablado el capitán. Pero ella dio un paso hacia Iris.

—Le recuerdo que mi hermano y el gobernador son los que sufragan todo este viaje del que usted ha sido nombrado capitán —dio otro paso y se puso delante de su mirada—. Su parte en las mercancías será muy interesante en esta y en las próximas expediciones. Imagino que no deseará que, al regresar, dé quejas a mi hermano de sus malos modales hacia nosotros tres.

Todos guardaron silencio.

—¡Será, ¿ustedes dos?! —refunfuñó.

—¡Asier, Penélope y yo —le habló en el mismo tono—, espero que sepa contar!

Iris hizo el amago de echar la mano derecha al cuello de la portuguesa, pero terminó por apretar el puño y guardó silencio.

—¿Dónde está? —preguntó para calmarse un poco.

—Aquí —respondió Penélope entrando donde estaban todos.

—¡Vas a ser madre! —exclamó entusiasmada Quilintay acercándose a ella y tocándole la barriga.

—¿Debo saber alguna cosa más? —preguntó el capitán.

—Todos desembarcaremos en Santa Elena —comentó muy segura Quilintay ante la incredulidad de los presentes que no la conocían.

—¡Bendita isla! —exclamó el capitán mientras salía de la estancia dando un puñetazo al palo mayor que tenía al lado.

CAPÍTULO 126

A la iglesia de San Nicolás de Bari de Buenos Ayres llegó el obispo junto a su inseparable padre Tristán. Ambos oficiarán la misa de entierro de don Pedro y el soldado caído en la celda de Ernesto de Fragua.

Dentro, la multitud había ocupado todos los bancos e incluso en la parte trasera los hombres no dejaban espacios libres. Junto al crucero derecho, los dos ataúdes de roble esperaban para ser llevados a su tumba una vez finalizada la eucaristía.

Don Isidoro subió al púlpito para dar el responso.

—Estamos aquí, hermanos, para despedir a dos hombres de ley, dos protectores de nuestro pueblo, de nuestra ciudad. Los destinos que les tenía preparado el Padre los han unido para siempre. De todos es sabida la extrema rigidez con la que el gobernador mandaba, incluso muchos apuntan a él como causante de varios incendios que se han dado en los últimos tiempos en las tierras de siembra. Pero más allá de si es verdad, no estamos aquí para juzgarlos; en estos momentos estarán ya siendo juzgados por el Todopoderoso. Nosotros debemos, como cristianos, despedirlo con el respeto que siempre se le tuvo. Jesús, en su bondad infinita, sabrá llevarlo al lugar que le corresponde dentro del cielo —tomó aire y miró fijamente a todos los hombres presentes, haciendo un alto en los soldados—. Ahora, la vida sigue y es mi deber como obispo y máxima autoridad de la ciudad, decidir quién será su sustituto. El nuevo gobernador debe saber templar los ánimos y ayudar a crecer Buenos Ayres. Pensaré con

detenimiento en ello —dijo mirando a Fidencio y a don Celso, que estaban juntos—. Necesitamos inteligencia, honradez y sabiduría para las grandes obras que se nos avecinan, empezando por construir una iglesia de dimensiones adecuadas para todos nosotros. Como máxima autoridad —volvió a marcar con rotundidad tal cargo—, os ordeno no tomar la ley a vuestro antojo. ¡Ay de aquel que levante la mano a lo prohibido; acabará como estos hermanos que hoy despedimos! No soy hombre de mano dura, pero no me temblará si debo alzarla contra el mal. Ahora, rezaremos todos juntos por la salvación del alma de estos dos hermanos que hoy ya estarán con Dios.

El murmullo de la oración inundó la estancia mientras algunos hombres se acercaron para sacar a hombros los ataúdes. El obispo los precedía. Dentro de la iglesia, nadie se movió durante un largo rato. Cuando salieron, regresaron a sus tareas sin pasar por delante de la tumba.

Fidencio fue de los últimos en salir. Su rostro mostraba satisfacción. Al llegar junto al obispo, este le hizo una señal para que se acercara.

—¿Qué desea de mí, Padre?

—Deseáramos que ocupase el cargo de gobernador —le propuso sin mediar palabra.

Fidencio se sorprendió. Pensaba que cuando los había mirado en la iglesia se refería a don Celso.

—Le agradezco enormemente esta posibilidad —respondió inclinando la cabeza—, pero he perdido a mi hija y a mi mujer. Pediré al nuevo gobernador la autorización para regresar a Salamanca, de donde nunca debí salir.

—Sabes bien, hijo, que podría imponerte la obligación que tienes con la Corona y con el pueblo de Buenos Ayres —respondió don Isidoro—, pero me complace oírte decir desde lo más profundo lo que anhela tu alma. Intercederé por ti ante el nuevo regidor, si es que encontramos la persona adecuada, o pediremos ayuda al conde-duque de Olivares.

Fidencio besó la mano del obispo y se alejó sonriendo. Se sentía feliz por la muerte del hombre que había llevado a su mujer a un destino que nunca hubiera querido.

—Hermoso responso —comentó don Celso cuando fue a despedirse del obispo.

—Gracias, don Celso —respondió—. Me constan sus negocios con el fallecido. Espero que esta situación no influya para que todo siga para delante tal y como tenían previsto ustedes. Fidencio nos tendrá informados de las mercancías y su valor, pero precisamos de su trabajo y eficacia para que las arcas de la ciudad recuperen su esplendor y podamos emprender la idea de elevar una iglesia con las dimensiones que precisamos.

—No dude de mi honradez —respondió con amabilidad don Celso—. Tendrán ustedes toda la información necesaria sobre los bienes que nos llegan de España y África, tal y como se acordó con el gobernador. Entre los acuerdos estaba ofrecer a los africanos un mundo nuevo fuera de la selva, que se puedan sentir protegidos por los campesinos ricos de nuestro entorno. Algunos ya han pedido manos fuertes para ayudarles en los trabajos que ellos no pueden realizar.

—¡Esclavos! —respondió el obispo, recordando la conversación—. ¡Queréis traer esclavos!

—Ofrecer pan a la pobreza, protección al desamparado, trabajo al holgazán, catolicismo al ignorante. Si todo eso es esclavizarlos, entonces sí, serán esclavos, pero permitidme dudar de tal afirmación —dijo mostrando su sonrisa al obispo.

—Reconozco que su visión es distinta de la que siempre tuve. Dejaremos venir los hechos para tomar decisiones correctas al respecto —respondió el prelado, quedándose muy pensativo.

—Gracias, Padre.

Don Celso inclinó la cabeza y se marchó.